



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Ignacio Maya

Como “El Ipiranga” al dictador de los **treinta años de paz**, un barco alemán llevaba por aguas extranjeras al Usurpador.

La dictadura roja había terminado: los revolucionarios del Norte llegaban triunfantes a la capital y de aquélla sólo restaban en poquísimas partes del país, grupos que no habían logrado alcanzar el amparo de la concentración general del Ejército Federal, que ordenó Velasco cuando fue inminente la caída del huertismo.

Ojeda encabezaba uno de esos grupos; cerca de seis mil hombres de las tres armas, permanecían en Cuernavaca, por agosto de 1914, en actitud defensiva y asediados por las tropas de Zapata.

La verdadera ofensiva zapatista contra los defensores del gobierno usurpador, había dado principio en el mes de marzo, con la victoria de Chilpancingo, en donde uno de los más jóvenes generales surianos, el valiente Ignacio Maya, había hecho prisioneros a los jefes federales Paciono Benítez y Luis G. Cartón, cogiéndolos personalmente cuando aquéllos huían, en completa derrota, rumbo a Tixtla; continuó con igual éxito, con los combates de Zacatepec y Treinta, en donde también cayó en poder de Maya el general Flavio Maldonado, y proseguía tenaz y constante sobre las fortificaciones que las tropas de Pedro Ojeda sostenían en Cuernavaca.

Se puso sitio a la capital del Estado de Morelos, mientras el grueso de las tropas zapatistas desarrollaba ventajosamente un plan de ataque sobre las poblaciones del Distrito Federal que, des-

de Milpa Alta hasta Contreras, mantenían en su poder las fuerzas federales que al mando de Ocaranza, fueron destacadas allí, hasta que el empuje de los surianos las obligaron a replegarse a Xochimileo, donde fueron relevadas por tropas constitucionalistas.

El 12 de agosto, el general Zapata, que había vuelto a establecer su Cuartel General en Yautepec, para de allí dirigir el ataque final sobre Cuernavaca, departía amigablemente, a la hora de la cena, con varios de sus lugartenientes que acudieron a recibir órdenes, cuando le fue entregado un pliego que, desde Cuernavaca, llevaba un "propio".

Era la noticia que enviaba alguno de los correigionarios de la ciudad sitiada, afirmando que el general Ojeda había resuelto evacuar la plaza aquella misma noche.

Zapata hizo conocer el documento a todos los presentes y luego, con tono reposado, dijo, dirigiéndose al general Ignacio Maya:

—¡Tú, Maya, sal inmediatamente con tu gente: veremos si con Ojeda son cuatro los generales que me traes vivos!

Y en seguida, previendo que la única salida de la guarnición de la antigua Coahumahuac, era tomando el camino que conduce de esa población a Toluca, dispuso que los demás jefes marcharan a atacar a la desmoralizada columna de Ojeda, unos por los flancos y otros por la retaguardia. Zapata se situaría en determinado punto, para encerrarla en infranqueable círculo de fuego.

Y se despidió: ¡nos vemos por Xochitepec!

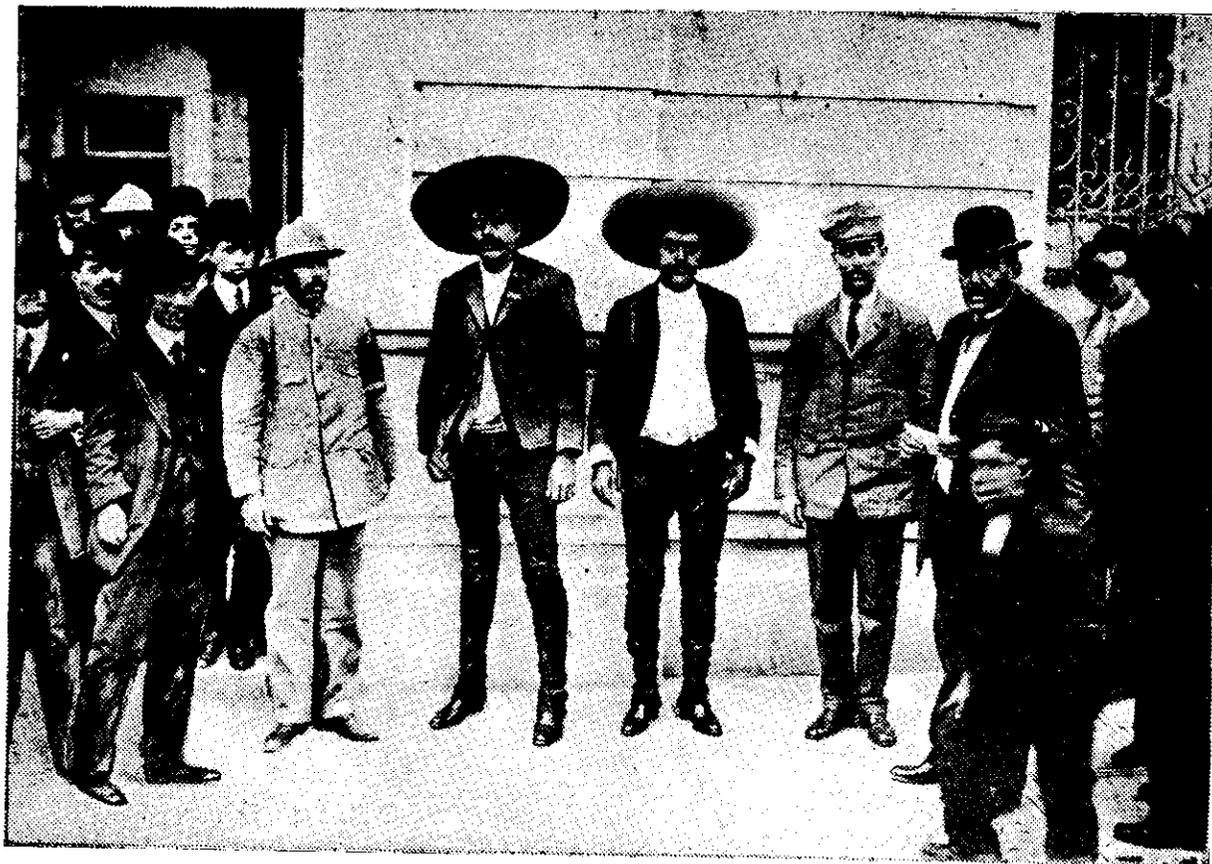
Todos cumplieron las instrucciones del jefe con exactitud prusiana, y en la madrugada próxima, bajo una lluvia de balas zapatas, el general Ojeda inició su retirada trágica.

Maya, el hasta entonces invencible guerrillero, localizó a Ojeda, y con esa temeridad que fue su característica, se arrojó por enemigo de la atemorizada tropa federal, tratando de cogerlo personalmente, como había hecho con Benítez, con Cartón y con Maldonado; pero un oficial del Estado Mayor del jefe huertista, descargó sobre Ignacio su revólver, y el esforzado luchador suriano rodó exánime por tierra.

El general Zapata supo al instante la noticia y se consternó visiblemente: Maya fue uno de sus lugartenientes más queridos; su valor había influido muchas veces en la decisión de los combates y sus bríos juveniles contagiaban de viriles entusiasmos, de fieros arrostos, a las tropas.

Tres connotados jefes perdía el Ejército Libertador en la campaña de Cuernavaca: Franco Pliego, Bonifacio García e Ignacio Maya.

Los restos de los dos últimos, como un digno homenaje, descansaban en el mausoleo que el general Zapata hizo levantar frente a la iglesia de Tlaltizapán, hasta que las furias destructoras de los soldados de Pablo González profanaron la tumba de los principales revolucionarios agraristas, caídos heroicamente en la larga lucha.



Los generales Emiliano y Rufino Zapata en su visita a México, el año de 1911.